

TRAINSPOTTING

Por Irvine Welsh

(Anagrama)

Trainspotting: ... observar... trenes y anotar... características para luego darse importancia entre otros aficionados (...) la forma más fútil de pasar un tiempo con el que no se sabe qué hacer (N. del T., p. 306). *Bookpotting* (tomando datos banales del libro que pasa): esta novela llega acompañada por famas que estimulan tanto su faz comercial como el prejuicio social y el literario. Delante queda la lectura, el tren por dentro. He aquí, pues, un recorrido desde famas y prejuicios hasta el goce de la lectura.

El autor, se dice, dejó la escuela y su Edimburgo natal para ir a Londres (común en Escocia e Irlanda por falta de perspectivas laborales). Allí comenzó por la música, que dejó para ejercer y abandonar oficios varios. Se dice que era “poco leído” cuando, en sus treintas, escribió esta novela, sin mayor expectativa: lo convenció de publicarla un editor (¿le habrá llegado por telepatía involuntaria?). Editada en 1993, tuvo inmediato “éxito de público y crítica”. Público estadístico: medio millón de ejemplares vendidos; según una encuesta, mitad de los lectores no leía libros. Crítica: “El Céline escocés de los noventa” (¡benditas comparaciones!). Más público: 1) adaptada al teatro y al cine, banda sonora, ¿remeras? (el producto *multimedia*); 2) autor contratado ya para dos libros de cuentos y segunda novela (¿Céline habría sobrevivido?). Efecto publicitario del prejuicio social que pretende imponerse al conjunto: dificultades para estrenar el film en Argentina porque exhibe un consumo “amoral” de drogas. El resto, ¿es literatura?

Abrumado o estimulado por tales famas, el lector acomete. En diálogos y monólogos, la novela (y el film) utiliza vocablos callejeros, con jergas de la droga y de Escocia. La traducción, hecha en España, traslada el recurso. La extrañeza del lector argentino podrá parecerse a la de un londinense, dublinés o neoyorquino, más aún si es ajeno a las drogas, ante el original; pero a las jergas se suman expresiones como “le apetece mogollón ir al cine” (espejo: un español que leyera “le gusta un montón ir al cine”).

Si el lector persiste, tendrá que pasar en el primer cuarto del libro por un catálogo de secreciones (fecales, urinarias, menstruales, etc) y malas palabras a razón de varias por línea. Si no es prejuicioso, simplemente se preguntará: muy bien, y esto para qué, dónde está la escritura. No basta con mentar excrementos, malas palabras y alguna opinión fuerte para ser Céline. Aburre por saturación, hasta que, una vez cansado también el autor, comienza la novela.

Todo sucede entre un puñado de veinteañeros de barrio en Edimburgo, ciudad asolada por el desempleo y su secuela de violencia mental, *skinheads* y otras formas de violencia racial, problemas de convivencia política y religiosa entre las comunidades británicas, el SIDA. Pese al alto porcentaje de infectados, poco se preocupan de jeringas compartidas y sexo sin protección. Varios entran y salen de la adicción a drogas duras, pasando por las blandas, y ninguno es abstemio.

El relato se estructura en episodios con eje en distintos personajes, narrados casi siempre en primera persona. Datos cruzados hacen avanzar el conjunto de la historia, pero en un par de casos la relación es forzada para justificar la inclusión. Así sucede con una de las mejores partes del libro, el relato de una venganza entre portadores de HIV.

El film corta mucho y agrega un poco para dar cohesión. Centra la alternativa a la heroína en la sociedad de consumo. Pese a su mucho texto, omite casi por completo lo más “celiniano” del libro: sus fuertes opiniones sobre el colonialismo inglés dentro y fuera de las islas y otras cuestiones sociopolíticas. Omite también pasajes en que el chico malo quiere mostrarse bueno: castigos a racistas y a hombres que maltratan a mujeres.

Renton, personaje que lleva la voz cantante en buena parte de la novela (y en el film), roba libros para leer. Además de aludir a telenovelas, cine, música (desde himnos nacionales y antiguas baladas al punk, rock y otros monosílabos), es capaz de hablar de Kierkegaard ante el juez y de elogiar la pericia narrativa del “nazi” Lovecraft. A pesar de los deslices, Welsh hace tanta gala de lector que maneja estrategias narrativas como de tener a qué aplicarlas. (Traducción de Federico Corriente; 344 páginas.)

Pablo Ingberg